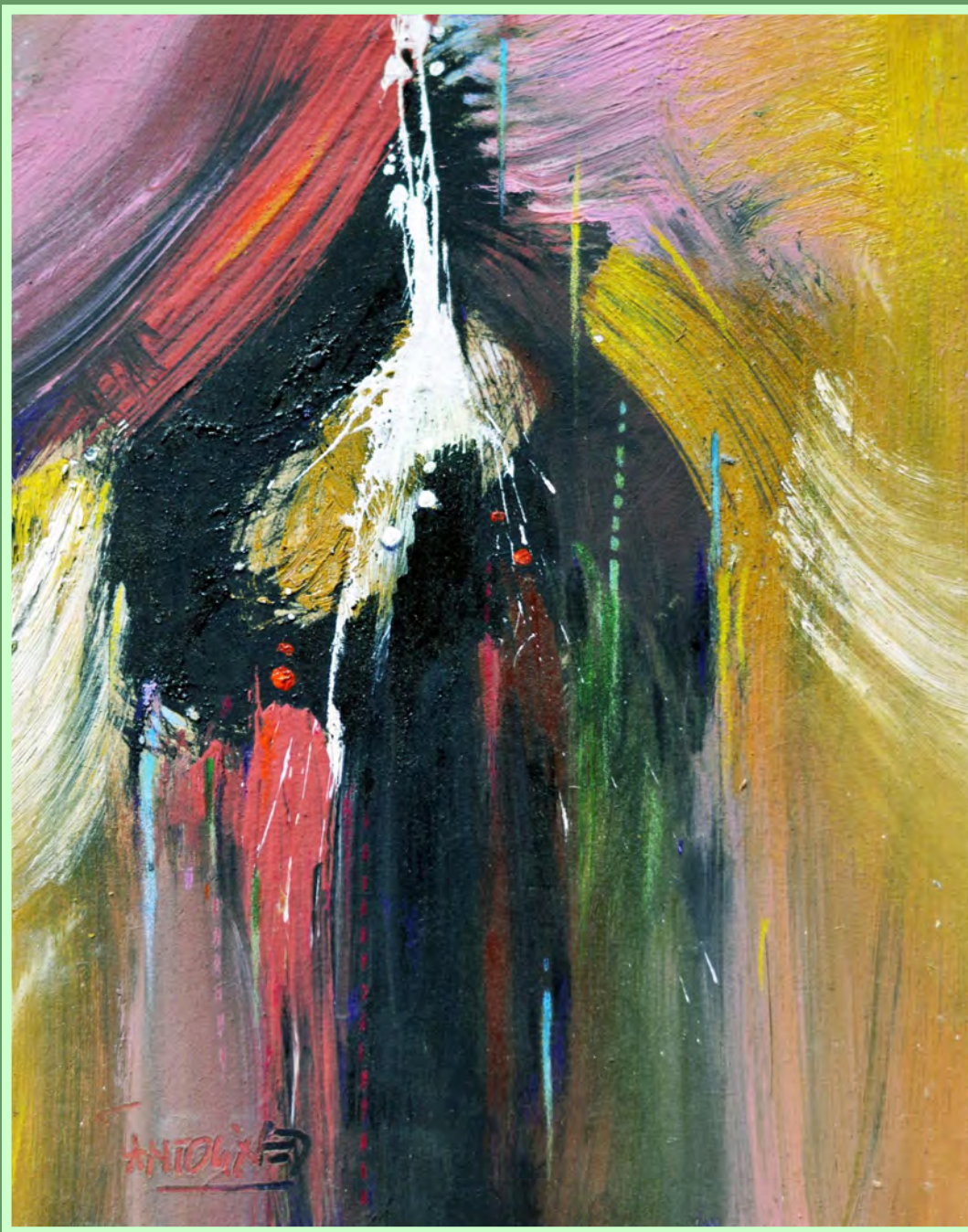


Contexto

Revista Anual de Estudios Literarios / vol. 25 - n.º 27 - Año 2021
e-ISSN: 2610-7902 / e-Depósito Legal: Me2018000066



Antolines Castro / *Follaje* / 2016 / acrílico sobre madera / 28 x 22 cm

Entrevistas

ENTREVISTA

Fuente: Norma González Viloria



“No importa el soporte:
un texto es un texto,
un libro es un libro y eso
es lo que va a perdurar”:
Entrevista a la profesora

por Marisol García Romero

Universidad de Los Andes, Venezuela
profesoramarisolgarcia@gmail.com

Norma González Viloria



¿Cómo citar?
García Romero, Marisol. “No importa el soporte: un texto es un texto, un libro es un libro y eso es lo que va a perdurar”:
Entrevista a la profesora Norma González Viloria”.
Contexto, vol. 25, n.º 27, 2021, pp. 252-261.



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ
TACHIRA VENEZUELA

Norma González Vilorio es profesora del Departamento de Castellano, Literatura y Latín del Instituto Pedagógico de Caracas (IPC-UPEL), promotora de lectura de larga trayectoria y fundadora de la Especialización en Promoción de la Lectura y la Escritura (ULA, Táchira, Venezuela).

¿Cómo llegó usted a acercarse al mundo de la literatura para niños y jóvenes? ¿Qué le atrajo?

Durante muchos años recorrí los caminos y pueblos de Venezuela, para estudiar su cultura popular, sus cantos, bailes, instrumentos, comidas, artesanías, historias, ¡en fin!, su tradición oral. Desde esos encuentros me topé con la literatura infantil y juvenil. Primero fueron los cuentos, los versos, que encontré en la voz de mis informantes y de mis colegas investigadores de la música y el folklore. Estaba recién graduada de profesora de Castellano, Literatura y Latín, en el Instituto Pedagógico de Caracas. Y, posteriormente, realicé estudios sobre Folklorología y algunas materias de Etnomusicología. Entre la gente escuché muchas historias, en ellas y en las letras de los cantos en los velorios de Cruz de Mayo y de Niño Jesús —entre otras manifestaciones culturales—, descubrí semejanzas con temas que yo había estudiado en mis clases de Literatura Universal y Literatura Española. Entonces fui acercándome a una literatura oral muy rica, cambiante y, a la vez, idéntica a sí misma durante largos períodos de tiempo. Al ver el contexto en que se daban esos cantos de velorio, por ejemplo, encontré un mundo complejo de relaciones sociales y simbólicas que me llenaron de enormes expectativas. Leía mucho (sobre aedas y rapsodas, juglares, antologías, estudios sobre la tradición oral en España y Venezuela, entre otros) y seguía viajando para conocer más velorios, más tamunangues, más parrandas, más diablos. Me sedujo la forma de transmitir esos conocimientos a las nuevas generaciones. Los procesos, los cambios, lo inmutable.

A todas estas yo estaba trabajando en el IPC, donde había estudiado mi carrera. Entonces, la universidad me envió en una comisión de trabajo a formar parte de un proyecto maravilloso, que duró una década, la Comisión Nacional de Lectura, convertida luego en Fundación Comisión Nacional de Lectura (Fundalectura). Allí, junto con un equipo de expertos y amigos, gente buena y estudiosa de la lengua, de la comunicación, de los libros, de la promoción de la lectura y la escritura, trabajé durante diez años con maestros de todo el país. Ese programa me permitió ver lo cerca que la literatura de tradición oral está de la literatura infantil. Los cuentos de hadas o cuentos maravillosos, las décimas, las coplas,

los romances y corridos, las retahílas, las adivinanzas, y tantos otros textos de tradición oral que hoy conocemos porque los leemos como parte de la literatura infantil. Allí encontré mi sitio. Creo, y otros muchos investigadores también, que la literatura infantil le dio un espaldarazo a la literatura de tradición oral al considerarla parte de su repertorio canónico. Y para su divulgación ha sido de vital importancia.

Influyó, de la misma manera, para acercarme a la literatura infantil y juvenil, y dejarme enamorar por ella, sobre todo, la posibilidad de formar un lector autónomo, crítico, que tenga voz propia, al ponerlo en contacto con el mundo infinito que suponen ambas literaturas (la oral y la infantil y juvenil). Y la seducción de una voz que lee un cuento para un niño o para un joven, de una biblioteca o de un club de lectura, que guarda misterios escritos, y nosotros podemos develar esos misterios: somos la mano firme que acompaña en un primer tramo a ese lector en formación y luego en otros tramos del camino, compartir y disenter de lecturas, de autores, de ilustradores, de editoriales, de libros. Es un camino maravilloso.

¿En qué proyectos vinculados con el libro y la lectura está trabajando actualmente?

Coordino la línea de promoción de lectura y escritura del Instituto Venezolano de Investigaciones Lingüísticas y Literarias Andrés Bello (IVILLAB) y el Club de Lectura del Departamento de Castellano, Literatura y Latín del Instituto Pedagógico de Caracas (IPC-UPEL). Ambos se unen en algunas oportunidades, se solapan en otras y se apoyan; tienden lazos con distintos proyectos de estudiantes tanto de pregrado como de posgrado. Y formar docentes de Educación Integral (escuela primaria) y de Preescolar ha sido mi preocupación y mi espacio de trabajo por excelencia, en los últimos años.

¿Qué entiende por literatura infantil? ¿Puede concebirse válidamente como una categoría separada de las demás literaturas?

Esta es una vieja discusión, muy vieja. Yo participé de ella en el siglo pasado. En la última década. Hablábamos de los libros para niños y jóvenes por considerarlo un término más inclusivo. Se trataba de tener junto al libro recreativo, el informativo, de esa manera ganábamos en calidad y cantidad. El tema del libro informativo es interesantísimo. Hace un par de años asistí a una conferencia en la que se habló del libro álbum informativo. Es lo máximo. Volviendo al tema, la polémica continúa. ¿Se sigue o no hablando de literatura infantil?, ¿es coherente llamarla así? No se habla de literatura para los de la tercera edad, o para las divorciadas, o para los choferes, dicen. Esa cuestión, a veces, me parece estéril, y no quiero ser irrespetuosa con quienes están en esa línea de pensamiento. Sencillamente, la vida me dijo a mí, repito, a mí, que debo dedicarme más a mis alumnos, para formar lectores, y este tema es imperativo, impostergable. No es para mañana, cada día hay que hacer algo en pro de esta temática, de esta necesidad.

La literatura infantil debe ser literatura, ante todo y, sobre todo, tomando en cuenta que atiende a niños y jóvenes, y me atrevo a decir a adultos lectores de alta exigencia. Es importante que tenga calidad estética. El uso ha hecho de esta literatura una categoría válidamente separada de las demás literaturas. Es como esas nuevas palabras que el *DLE* ha tenido que aceptar. En la práctica ella existe, tiene vida propia y es increíblemente rica. Incluye la literatura de tradición oral, los libros escritos para niños y jóvenes, los libros que se escribieron para público en general y que los niños y jóvenes hicieron suyos para siempre (Verne es el ejemplo *sine qua non*), incluye ahora los libros informativos, en especial los libros álbum informativos, los cómics, las novelas gráficas, las sagas, la fantasía épica, y sigue en proceso de expansión. Ciertamente, los cómics no son literatura, no la canónica, con ele mayúscula; pero con ese anzuelo se pueden pescar muchos lectores nuevos. Y este es un espacio en expansión, como el universo.

Entre los géneros más leídos está la narrativa y entre los menos leídos la poesía. En una entrevista para *Luabooks*, Fanuel Hanan expresó que la poesía “se está perdiendo como parte del futuro del libro digital y del libro impreso para niños”. ¿Qué opina al respecto?

Hace mucho que anda extraviada por los caminos de la narrativa, pues es la preferida por la gran mayoría de promotores, ya que está más cerca de nosotros. Contar es lo que hacemos desde tiempos inmemoriales, desde pequeños. Y, a pesar de que desde pequeños nos cantan nanas para dormirnos, o jugamos con los versos de una retahíla y de una adivinanza, la musicalidad de esa poesía se pierde, se extravía, por los meandros del gran río de la narrativa, arrastrada por la enorme fuerza de su corriente.

Contar es lo que hacemos desde tiempos inmemoriales, desde pequeños. Y, a pesar de que desde pequeños nos cantan nanas para dormirnos, o jugamos con los versos de una retahíla y de una adivinanza, la musicalidad de esa poesía se pierde, se extravía, por los meandros del gran río de la narrativa, arrastrada por la enorme fuerza de su corriente.

¿Qué deberían hacer los promotores de lectura para revertir esta realidad?

Leer poesía. Creo que a pocos de nosotros nos leyeron poesía en primaria o en secundaria. Eso nos aleja de la poesía. Además, es un espacio complejo, mucho más que el de la narrativa. No todo lo que está escrito en verso es poesía. Y esas banalidades como el abuso de los diminutivos, que todavía hay quien cree en ellos como fórmula inexorable para acercarse a los niños, solo pone un mar de distancia entre los posibles lectores y la poesía. Hoy, adultos, promotores de lectura y escritura, sabemos que, si no conocemos el género, autores, títulos, ilustradores, editoriales y editores, no podemos dar de leer.

Si no tenemos idea de los libros, de los autores —escritores e ilustradores—, de las editoriales, ¿qué podemos recomendar? Nuestra meta es enamorarnos de la poesía. Necesitamos hacernos (manejar, conocer, disfrutar) un acervo, un repertorio de la lírica y no solo de la dirigida a niños y jóvenes, sino de la poesía en general, porque los niños y adolescentes a veces nos sorprenden y su capacidad de comprensión puede ser enorme; de hecho, lo es. Funciona como con la lengua: su vocabulario de uso diario, por ejemplo, en el caso de los niños, puede ser pequeño, corto, pero el vocabulario que comprenden, ese que ven, que sienten, que padecen, además de oírlo, es grande, complejo incluso. Cuando digo leer poesía, me refiero a conocerla, a buscarla, a olerla y disfrutarla, sí; pero me refiero también a leerla en voz alta. Leérsela a nuestros estudiantes. Y no es sencillo leer poesía. El aprendizaje es maravilloso. A mi modo de ver, es más complicado que leer un cuento o un capítulo de una novela.

¿Qué obras de poesía recomendaría promocionar?

Esto es comprometedor. La respuesta a esta pregunta supone una larga lista de autores, libros y editoriales. Voy a citar, bajo riesgo de dejar en silencio a muchos nombres valiosos, solo algunos de mis preferidos. Siempre comienzo con poesía de tradición oral: lo que llamamos palabra y juego. Es decir, pequeñas estrofas que han sido cantadas y han formado parte de los juegos de los niños desde hace mucho tiempo. Me refiero a coplas, retahílas, trabalenguas y adivinanzas. En estos casos recurro a mis propias recopilaciones y a las de algunos investigadores de la cultura popular venezolana, como es el caso de Yolanda Salas. También uso los libros de Maité Dautant. Toda la colección de Canciones Tradicionales para Cantar y Contar, de Ekaré. De esta colección destaco la ilustración de Mónica Bergna en *Juguemos en el bosque*, porque cuenta una historia distinta al texto y eso me encanta, ya que las caras de los niños, cuando lo leen, lo hojean, son de total asombro. Luego, algunos poetas, comenzando por Manuel Felipe Rugeles y Fernando Paz Castillo. Siempre recurro a María Elena Maggi, *A la una la luna*; es una pequeña y muy completa antología de poetas venezolanos. Sobre esa línea de investigación de María Elena, especialista en Literatura Infantil y promotora de lectura y escritura de larga trayectoria en nuestro país. Ekaré, bajo la batuta de María Francisca Mayobre y con la colaboración de Irene Sabino y el diseño e ilustraciones de Ana Palmero Cáceres, produjo un libro precioso, llamado *Taquititán de poemas*. Ambas obras son muy significativas por la calidad de los poetas que los conforman. ¡Claro!, leo directamente a muchos de esos poetas y otros tantos. Por ejemplo, Aquiles Nazoa y *La fábula de la ratoncita presumida*, *El libro de los cochinitos*, ambos publicados por Ekaré; a Jacqueline Goldberg, *Una señora con sombrero*, de Monte Ávila Editores. Ella es maravillosa. Sé que ambas, Marisol —tú y yo—, en algún momento, pensamos en versos al hablar de poesía, pero en esos tiempos de lectura suelo leer diversos cuentos, e incluso un fragmento de algún texto narrativo largo, cargados de poesía, porque la poesía también está en la prosa. Es un modo de ser.

Si tuviera que recomendar libros álbum a promotores de lectura en formación, ¿cuáles elegiría y por qué?

¡Esta respuesta es más difícil que la anterior! Mi lista de libros ilustrados y de libros álbum es grande. Te puedo decir que trato de hacer mi selección tomando en cuenta no solo el contenido del libro en sí, sino que reviso el autor, el ilustrador y la editorial. Entre los libros recomendados de la colección A la Orilla del Viento, del Fondo de Cultura Económica, está *El jardín de Abdul Gasazi*, de Chris Van Allsburg. A mí me encanta este autor y ese título es una maravillosa oportunidad de conocer sus inicios. Mucho tiempo he querido verlo, tenerlo. Ahora sé que está. No lo conozco y no sé si es un libro álbum o no, pero estoy segura de que será de altísima calidad. De Van Allsburg, siempre leo en voz alta a mis alumnos *El higo más dulce*. Es estupendo hacerlo. Siempre. Este libro álbum dice mucho de los hombres y de la vida, nos inspira y es muy agradable y sorprendente. Me encanta también Keiko Kasza. *Una cena elegante* es otro de los libros que llevo en mi primera maleta para leer en voz alta, al inicio del semestre. Y Anthony Browne no puede faltar en mi maleta: la mayoría de sus obras me hechizan. Quisiera tener en esa maleta *Cuando estamos juntas*, de María Wernicke, editado por Calibroscoopio. Una joya. Y tantos otros libros buenos. De Venezuela destaco a Rosana Faría, a Carmen Salvador, a Menena Cottin, a Gerald Espinoza y Reyva Franco, entre otros muchos ilustradores venezolanos, cuyos trabajos son de gran calidad y relevancia. Hay editoriales como Bárbara Fiori, Zorro Rojo, Edelweis, Babel Editores y Cataplum, y muchas otras, cuyos atributos ya me hacen querer los libros que producen.

¿Qué criterios sigue usted para considerar como bueno un texto literario dirigido a niños y jóvenes?

Para responder esta pregunta se han escrito libros completos. Lo único que no admito en un libro para niños y jóvenes es la incitación a la violencia, al irrespeto hacia el otro. Creo que todos cabemos en nuestro mundo. Lo difícil es aceptarnos con nuestras diferencias y con nuestros silencios, con nuestros demonios. Mis criterios están desparramados a lo largo de esta entrevista, en las primeras respuestas. Diversidad de temas y de libros y de autores e ilustradores y de editoriales. Esto es importantísimo. Somos diversos, distintos, para aprendernos debemos vernos y encontrarnos en esa diversidad, en esa mezcla que nos caracteriza y enriquece. Buenas editoriales, porque los lectores deben conocer buenos libros, bien hechos, en buen papel, con ilustraciones que te vayan formando una estética. Para definir tus gustos, los tuyos, no los del *profe*, no los de ese momento, sino los del infinito mundo de los libros, de la vida, de los días.

Respecto a los niños productores de textos hay diversos puntos de vista. ¿Usted considera que un niño puede escribir literatura?

Esta pregunta es muy difícil de responder. En muchas de las entrevistas que he leído de escritores a los cuales les preguntan sobre su oficio de escribir, pocas veces, creo que

ninguna, alguno de ellos ha dejado de expresar que para ser un buen escritor debes ser un gran lector. Esto marca una característica básica de la escritura de literatura. Hay textos infantiles que pueden satisfacer las características de la literatura, pero, en general, es difícil que un niño sea capaz de producir buenos textos literarios. Necesita leer mucho. Ahora, excepciones siempre habrá.

¿Qué opinión le merece la ficción digital como manifestación literaria?, en particular, sobre la propuesta de Lucas Barradas, que es un promotor de esta manifestación literaria.

Bueno, a mí me encanta lo digital. Leer en un *ebook*, en una *tablet*, en una laptop o en la PC misma, me parece una alternativa extraordinaria. Yo soy una usuaria consuetudinaria de los dos primeros. Tengo un montón de libros en uno u otra. Me gusta más leer en ambos que en la PC o en la laptop porque puedo hacerlo en cualquier parte, en mi cama, en la mesa, en el sillón y —si tuviéramos seguridad— en la calle, en el Metro. Yo me llevaría mi Kindle para hacer las colas y leer al mismo tiempo. Es como el libro. No importa el soporte: un texto es un texto, un libro es un libro y eso es lo que va a perdurar. En papiro no hubo novelas, pero hay infinitas posibilidades en el papel y en los dispositivos electrónicos.

No importa el soporte: un texto es un texto, un libro es un libro y eso es lo que va a perdurar. En papiro no hubo novelas, pero hay infinitas posibilidades en el papel y en los dispositivos electrónicos.

La ficción digital, tal y como lo plantea Barradas, es un camino, “un espacio para revertir los prejuicios que puedan existir hacia los nuevos formatos digitales”, y en lo que se refiere a los participantes en su taller, si son adultos, podrán aprender a incluir lo digital en su cotidianidad y a no verlo como algo dañino. Puedes darle la vuelta y hacer de ello un aliado, en las clases, en el estudio y en lo recreacional. Además, me parece una extraordinaria iniciativa que permitiría a los usuarios jóvenes apropiarse

adecuadamente de herramientas para relacionarse con este mundo nuevo, que es su mundo, pero que los puede arropar y dejarlos ciegos, en un momento dado. Quiero decir que navegar por las redes puede ser todo un arte y hay que aprender a hacerlo. Para no perderse, cuando usamos muchos hipervínculos, por ejemplo. O para crear, tener un estilo propio, ser tú y no copiar y pegar.

Creo que los chicos de hoy nacen con un *mouse* en la mano, con un control que les permite encender las luces, el televisor y su laptop, a la vez, cuando llegan a casa e inician su acercamiento al hogar. Pienso, entonces, que yo nací con un lápiz Mongol o una pluma de tinta negra, que me fascinaba para escribir. Luego, llegó el bolígrafo y en los bancos no te aceptaban un cheque escrito con tinta y menos con grafito. Lo vi como un mal necesario. Ahora ya casi no escribo a mano. Necesito la computadora. Es un vicio. Creo que me pierdo de algo maravilloso: lo manuscrito. Al final, entiendo que coexistiremos.

Se dijo que el cine significaba la muerte del teatro y nada más falso que esa afirmación. El teatro, hoy día, al menos en Caracas, ha crecido, y tiene una gran demanda. Es un espacio de resistencia cultural muy fuerte. Vuelvo a tu pregunta: la ficción digital me parece buena si el contenido, si la estructura narrativa, si la elaboración de sus personajes, si sus diálogos y el texto en general de la historia vale la pena. Su peso no lo mido por su soporte; lo hago por sus cualidades literarias. Lo que me importa es que sea literatura, que enganche a su lector, le haga preguntas, lo regocije, lo enoje, lo rete. Literatura.

¿Cómo imagina el ecosistema editorial en torno al libro de literatura infantil y juvenil, impreso y digital, en los próximos años, y cómo podría afectar esa predicción la promoción de la lectura?

Ya adelanté, un poco, mi respuesta, anteriormente. Creo en la coexistencia. Aquí cabemos todos: diversidad de opciones, diversidad de temas, de soportes. Imagino para mi país cosas como lo que pasa con las bibliotecas en España. ¡Se trata de préstamos digitales! Tienen una plataforma, eBiblioMadrid, que les permite a los usuarios de todas las bibliotecas de Madrid, que poseen un carné único, acceder al préstamo de libros electrónicos e impresos. Imagino que estas cosas deberán suceder en un futuro promisor. El que sueño para mi país. Y que las editoriales se multipliquen en calidad y en cantidad, no solo para niños y jóvenes, sino también para adultos. Cuando proliferan las editoriales y la diversidad de libros, eso va en directa proporción al crecimiento del número de lectores, lo cual implica proyectos y programas sostenidos, compartidos y evaluados de promoción de lectura; implica el aumento de las colecciones de libros diversos y de calidad en las bibliotecas, la ampliación del número de bibliotecas públicas y escolares bien equipadas, puntos de préstamo. En fin, todo va entrelazado. Implica programas de actualización docente. Implica más escritores, más ilustradores, más editores. Más y mejor comida para que los niños y jóvenes y sus padres, bien alimentados, quieran leer y escribir y puedan comprender la bondad de manejar la lengua materna con propiedad. El ecosistema editorial está imbricado en una sociedad letrada. No puede subsistir aislado.

Venezuela ha experimentado un fuerte movimiento migratorio en los últimos años. ¿Qué obras recomendaría para que los niños comprendieran el proceso de migrar?

“El ecosistema editorial está imbricado en una sociedad letrada. No puede subsistir aislado.”

Hay dos que recuerdo en este momento, a vuelo de pájaro: *Stefano*, de María Teresa Andruetto, y *Vamos a ver a papá*, de Lawrence Schimel, ilustrado por Alba Marina Rivera. Incluso *Inmigrantes*, de Shaun Tan. Pero no sé si se puede entender el proceso de migración de los venezolanos en los últimos años. Yo me niego. Entender puede implicar aceptación, un nivel mínimo, y no quiero aceptar el cómo, el porqué se han tenido que ir.

¿Qué obras recomendaría a los padres para que los ayuden a conectar a sus hijos con la identidad venezolana?

Toda nuestra literatura de tradición oral. Por allí comenzaría. Los mitos, bellamente vestidos, publicados en narraciones tradicionales de la Editorial Ekaré. Pienso en *El cocuyo y la mora*, espectacular. La colección Canciones Tradicionales para Cantar y Contar, todos los títulos que la integran, de Ekaré. Los libros de Maité Dautant (adoro *No se aburra*, primero publicado por Ediciones B y ahora por Cataplum). Las recopilaciones de leyendas que ha hecho Mercedes Franco, entre las grandes de nuestro país en esta área. *La Sayona y otros cuentos de espanto* es imprescindible. Tengo un segundo ejemplar porque los presto mucho.

¿Cómo ve el panorama actual de la literatura infantil y juvenil en Venezuela?

Duro. Bajo un esfuerzo de resistencia enorme. Las pocas editoriales que persisten, las pocas librerías con un buen repertorio de libros para niños y jóvenes que aún existen, los autores que escriben e ilustran en el país, están de pie, perseverando, perdurando en este momento crítico y rudo que atravesamos. Ojalá que los vientos cambien y nos sea favorable la vida.

Como docente universitaria, está vinculada con la formación de los futuros docentes en el IPC. ¿Qué necesidades de formación tienen y cómo pueden o no atenderse en la situación actual del país?

Las necesidades de formación son muchas. Los estudiantes que nos llegan no saben leer ni escribir. Así, tajantemente, lo afirmo. Las excepciones son muy pocas. Esa prohibición de “raspar” a los chicos de bachillerato, porque no se puede tener repitientes, nos ha hecho mucho daño. Los muchachos saben que siempre, al final, van a pasar al año inmediato superior. Y los profesores lo saben también. Aunque se opongan a esa medida, tendrán que abrir dos, tres, y tantas más pruebas de reparación, cuantas sean necesarias para que los estudiantes aprueben, aunque sea “empujados” con diez. Por otro lado, nuestros docentes, por muy entusiasmados y formados que puedan estar (el Ministerio del Poder Popular para la Educación tiene años —no es exageración— que no convoca a cursos de actualización a su personal docente y nuestros sueldos dan tristeza), deben combatir contra las circunstancias del entorno, rudas, ordinarias, ignorantes, lo que llamamos *la situación país*, lo cual supone enfrentar la escasez de alimentos, la falta de transporte público, de efectivo para cancelar dicho transporte, de seguridad en las calles y, muchas veces, en el mismo liceo. ¡En fin!, la lista es grande. He tenido cursos de nuevo ingreso, en el IPC-UPEL y el panorama es caótico. La bibliografía que he manejado con estos estudiantes está integrada fundamentalmente por artículos, cortos, la mayoría de ellos no exceden las diez páginas y asombra, consterna, su incapacidad para entenderlos, para comentarlos. Los leemos juntos en el aula, los interpretamos allí, entre todos y, aun así, sus intervenciones dejan mucho que desear. Su vocabulario es muy corto, su entendimiento limitado. Pero cuando los veo en el pasillo

abriendo sus viandas para comer y veo arroz y arroz con algo, a lo lejos, de pollo o de salchichas, entonces puedo entender por qué no comprenden. Además, si provienen de ese bachillerato en que aprobaron porque ya habían presentado seis veces la misma prueba, puedo apreciar mejor que no están en condiciones de razonar, inferir, ni penetrar el sentido del texto que leen.

¿Qué podemos hacer? En esos momentos, les sugiero a mis alumnos, les pido, que hagan talleres de redacción y ortografía. En nuestro pensum solo tenemos un curso de Lengua Española, me disculpo por ello, me da pena ajena. Una solución a mediano plazo, pero necesaria, puede ser agregar un semestre cero para que aprendan a leer y escribir. No se trata de un CIU (Curso Intensivo Universitario). Ese proyecto en nuestra universidad fue tan mal implementado e incluso tan mal concebido, que no lo recomiendo. Pero la verdadera solución es *mirar* la educación primaria y la secundaria. Necesitamos mejorar los cimientos de la universidad.